



Vemos en color, pero el blanco y negro es más realista». Blanco y negro son las imágenes de la Guerra Civil Española, y blanco y negro es la iconografía de la novela policíaca, los dos polos de este mAGAzin17, blanco y negro, dedicado a la violencia.

La violencia es ubicua. Lo demuestran los titulares de la prensa diaria o los mitos fundacionales de nuestras naciones/civilizaciones. La historia de Europa es una sucesión de horrores. Saturno devora a sus hijos, el Dios de la Biblia no tiene misericordia y Occidente es su ángel exterminador, armado hasta los dientes. Los votantes del «Líder del Mundo Libre» creen, a la vez, en la guerra, Dios, las armas y la pena de muerte.

Como demuestran las estadísticas de la muerte, Europa tiene motivos de sobra para ocuparse a fondo de este problema; Freud, Benjamin, Fromm, Lorenz, Sorel, Bauman, Adorno, Arendt, Derrida, Foucault, Horkheimer... así lo han hecho. La calificamos también de «bestial», pero «El hombre lo llama razón y lo usa para ser más bestia que cualquier animal» (Goethe, *Fausto*). Al administrar y jerarquizar la violencia surge la civilización. «La violencia social es casi siempre la violencia del poder, que a su vez está ligado al poder masculino. Los que sufren la violencia, son en primer lugar las mujeres y los niños». (Erich Hackl, este número)

¿Como nos enfrentamos a la violencia en nuestra historia individual y colectiva? Sublimación, represión, canalización, evasión, asimilación... hagamos lo que hagamos, siempre está ahí, como «la suciedad que barreemos debajo de la alfombra y que un día termina por poner en movimiento a ésta» (Michael Haneke, este número). Almorzamos con ella, vemos la sangre en las calles de Gaza, Cisjordania, Beirut, Bagdad, miramos y hacemos como si gracias a Dios estuviera muy lejos de nuestros hogares.

España y Alemania tienen violentísimos regímenes fascistas, digamos, bajo sus alfombras. El «Trauma Alemán» llevó a una revuelta de los estudiantes y «actualmente una de las juventudes más desprejuiciadas de Europa» (Gitta Sereny, este número), mientras que el trauma español todavía difunde su hedor desde las cunetas. No es que Alemania pueda dar lecciones en cuestiones de memoria histórica (vease el debate entre Heleno Saña y Ludger Mees en *El País*, 12.9.06, «¿Somos analfabetos políticos?») pero ¿Una misa en honor del Führer? Dios nos guarde. ¿En honor del caudillo? Faltaría más. Günther Grass, Joachim Fest o Jürgen Habermas tienen que justificarse aun 60 años después; los próceres de Franco (Fraga, Cela, Torrente-Ballester, López Ibor, Vizcaíno Casas...) sufren amnesia, si no han muerto ya con todos los honores. ¿Cruces gamadas en las gradas del Real Madrid? Ningún problema. Pero nunca podemos dejar de creer que la memoria, la cultura, la educación nos pueden salvar de los horrores futuros. Y debemos estar siempre con las víctimas.

Por supuesto, el tema de la violencia habría dado para mucho más. En el tintero quedaron proyectos como un artículo sobre la demolición del «Palast der Republik», edificio señero de la extinta RDA en la

Schlossplatz de Berlín, al lado del cual se reconstruirá el Palacio de los Hohenzollern, para más gloria del vencedor. Violencia en el urbanismo, más simbólico imposible.

La contigüidad algo forzada de Guerra Civil y novela policíaca puede banalizar el tema. Pedimos perdón por ello. Aunque sí se podrían relacionar, por ejemplo a través de la famosa frase de Tucholsky: «Los soldados son asesinos». Lo que en tiempos de paz es un tabú, en la guerra es un acto heroico, la erradicación de la moral. Y, en fin, «La sangre es un jugo especial» (de nuevo el *Fausto*), las novelas negras suelen jugar con ella (Friedrich Glauser, este número), y además poseen un alto potencial didáctico (también en este número).

Damos las gracias a todos los colaboradores y colaboradoras. Que sea placentera y educativa la lectura y también la contemplación de los dibujos originales de Mechelin van der Heijden (Arnhem – Cádiz). Dank je vel, mevrouw.



Ilustración: Mechelin van der Heijden



Wir sehen in Farben, aber schwarz-weiß ist realistischer». Schwarz-weiß sind die Bilder des Spanischen Bürgerkriegs und schwarz-weiß ist die Ikonographie von Krimis, Thrillern und Detektivgeschichten. Das sind die Pole dieses schwarz-weißen mAGAZin17, das sich mit dem Schwerpunktthema Gewalt beschäftigt.

Dass Gewalt omnipräsent ist, bezeugen die Titelseiten der Tagespresse oder die Gründungsmythen der Nationen/Zivilisationen. Europas Anfänge strotzen von Gewalt. Kronos verschlingt seine Kinder, der Gott der Bibel ist gnadenlos und Okzident sein schwer bewaffneter Racheengel. Die Wähler des «Führers der Freien Welt» glauben gleichzeitig an Krieg, Gott, Feuerwaffen und Todesstrafe.

Wie die historischen Todesstatistiken zeigen, hat Europa allen Grund, sich mit diesem Problem ernsthaft auseinanderzusetzen; so Freud, Benjamin, Fromm, Lorenz, Sorel, Bauman, Adorno, Arendt, Derrida, Foucault, Horkheimer... Der Mensch bezeichnet Gewalt als «tierisch», aber «er nennt's Vernunft und braucht's allein, um tierischer als jedes Tier zu sein» (Faust). Die Gewalt zu verwalten und durch Hackordnungen zu hierarchisieren ist erste Aufgabe der Zivilisation. «Gesellschaftliche Gewalt ist meist die Gewalt der Macht, die ihrerseits wieder meist an Männer gebunden ist. Die Gewalt empfangen, sind meist Frauen und Kinder» (Erich Hackl in diesem Heft).

Wie gehen wir mit der Gewalt in unserer kollektiven und persönlichen Geschichte um? Sublimierung, Verdrängung, Abreagierung, Verarbeitung... was wir auch tun, sie ist da, wie der «Dreck, den wir unter den Teppich kehren und der diesen Teppich eines Tages in Bewegung setzt» (Michael Haneke, dieses Heft). Wir speisen mit ihr zu Mittag, sehen das Blut in den Straßen von Gaza, Westjordanland, Beirut, Bagdad, wir schauen zu und tun so, als wäre das Gott sei Dank weit weg.

Spanien und Deutschland haben faschistische Gewaltregimes, sagen wir, unter ihren Teppichen. Das «Deutsche Trauma» hat zu einer Studentenrevolte und heute zu einer der «vorurteilsfreiesten Jugend Europas» (Gitta Sereny, dieses Heft) geführt, das spanische Trauma Bürgerkrieg/40 Jahre Diktatur stinkt

noch aus den Straßengräben. Nicht dass Deutschland in Sachen Vergangenheitsbewältigung als hehres Vorbild dasteht (siehe die Debatte zwischen Heleno Saña y Ludger Mees im El País, 12.9.06, «¿Somos analfabetos políticos?»), aber Gedenkgottesdienste für Hitler? Gott bewahr. Für Franco? Aber natürlich. Günther Grass, Joachim Fest oder Jürgen Habermas müssen sich noch 60 Jahre später rechtfertigen; die hiesigen franquistischen Intellektuellen und Politiker (Cela, Fraga, Torrente-Ballester, López Ibor, Vizcaíno Casas...) leiden an Amnesie, wenn sie noch nicht in allen Ehren gestorben sind. Hakenkreuze bei Real Madrid? Kein Problem. Aber wir können einfach nicht aufhören zu glauben, die Erinnerung, die Kultur, die Erziehung rettet uns vor kommenden Greueln. Und müssen auf Seiten der Opfer stehen.

Das Thema Gewalt ist hier natürlich längst nicht erschöpft. Auf der Strecke dieses mAGAZin17 blieben unter anderem Projekte wie ein Artikel zum höchst umstrittenen Abriss des «Palastes der Republik» am Berliner Schlossplatz, neben dem das zerbombte Hohenzollernschloss zu Ehren der Sieger aus seiner Asche auferstehen wird (http://de.wikipedia.org/wiki/Palast_der_Republik). Gewalt in der Städteplanung, symbolischer geht es kaum.

Das etwas forcierte Nebeneinander Spanischer Bürgerkrieg / Kriminalroman kann zur Banalisierung führen, und wir bitten dafür um Verzeihung. Eine mögliche Verbindungslinie wäre mit dem berühmten Tucholsky-Satz gezogen, «Soldaten sind Mörder». Was in Friedenszeiten ein Tabu, ist im Krieg eine Heldentat, Aufhebung aller Moral. Und: «Blut ist ein besonderer Saft» (wieder Faust), in Kriminalromanen ist allermeist Blut im Spiel (Friedrich Glauser, dieses Heft), und Krimis haben ein beträchtliches Unterhaltungs- und fremdsprachendidaktisches Potential (auch dieses Heft).

Wir danken allen AutorInnen herzlich für Ihre Mitarbeit. Viel Erbauung beim Lesen und Betrachten dieses mAGAZins, so sinnreich schwarz-weiß bebildert von Mechelin van der Heijden (Arnhem – Cádiz). Dank je vel, mevrouw.



Illustración: Mechelin van der Heijden